

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarión Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, JUNIO 1º DE 1872.

{ NUM. 16.

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA AUTORIDAD PERDIDA.

[Continúa.]

Un día que las dos señoras se acababan de desayunar juntas, lo que sucedía pocas veces por las graves ocupaciones de la joven erudita, entró un forastero en la sala en que Batilde vestida con elegancia, estaba tendida con molición en su canapé leyendo una novela de Scott, en tanto que Madama de Saluze, con su saya ordinaria, su gran pañuelo de punto de lana, y otro viejo en la cabeza, se ocupaba en limpiar un mueble con los zorros en la mano. El forastero, juzgando por las apariencias, y no viendo más que por detrás á la joven, á quien tuvo por la dueña de la casa, dijo, señalando y dirigiéndose á su madre: «No está aquí el aya de madama de Saluze?—Soy yo, le respondió ésta, sonriéndose de este nuevo menosprecio.—Vengo á entregar á vd., añadió el forastero, esta maleta del capitán de Arfort, «única cosa que he podido salvar del naufragio» Al decir esto, Batilde se sobrecojió extraordinariamente, y tirando el libro se levanta precipitada hácia

donde estaba el forastero, que dijo se llamaba Muller, y era natural de Dinamarca. Había seguido al capitán de Arfort en la mayor parte de sus viajes en calidad de piloto, y volvía con él á Francia para gozar del reposo necesario después de tantos trabajos, cuando al acercarse á las costas de Brest se levanta una horrible borrasca que hizo pedazos su navío contra las rocas. El capitán, que traía consigo el fruto de sus correrías, había querido salvar en este horroroso desastre una caja que contenía toda su fortuna, la cual había recojido en varias plazas de comercio de Europa, y esperaba aumentarla todavía con la venta del buque en que vino; pero llevado de su intrepidez ordinaria y del deseo de conservar su tesoro, había desaparecido para siempre entre las olas. Al oír esta relación, hecha con el aire brusco de un marino, que no conoce ni respetos ni consideraciones, Madama de Saluze dió un grito terrible, y cayó exánime en los brazos de su hija. Esta, á pesar de la turbación que se apoderó de ella, no dejó de afear al piloto Muller su indiscreción, y echó á llorar con su madre. «Oh! yo no tengo tiempo para divertirme en ver llorar mujeres, respondió el «piloto con mayor sequedad: he cumplido con la «obligación de traer yo mismo esta maleta del capitán á su hermana, de quien me hablaba continua-

mente; aquí está lo mismo que la he salvado del «naufragio. El cielo os conserve con alegría y salud. «Me vuelvo á Brest para embarcarme. Adios, hermosa mía, procure vd. consolarse, y sobre todo, no «permita vd. que su madre esté vestida de ese modo á su lado, estando tan petimetra y tan «puesta; eso parece muy mal.» Dicho esto, echó una mirada severa á la joven, y se marchó, dejando la maleta á los pies de Madama de Saluze, que recobró sus sentidos poco á poco, y se entregó á toda su desesperación. No solo lloraba la muerte del capitán, como que era su hermano querido, y el tierno amigo de su infancia, sino también se lastimaba porque era su único apoyo, y con él se había concluido la renta de tres mil francos, sin la cual su existencia quedaba reducida á la corta pensión que recibía del Estado. Pero como acaso la maleta que acababa de traer el piloto Muller podía contener algunos despojos de la fortuna del capitán, mandaron abrir, ó más bien romper, el candado de secreto que encerraba la misteriosa maleta, y encontraron lo primero un paquete de cartas con el sello de Francia, entre las cuales reconoció Madama de Saluze muchas de su mano; después un cartapacio muy gordo ó libro diario de todas las presas que había hecho el capitán, así como la nota exacta de las sumas que ha-

bia convertido en oro, y traía á Francia, las cuales ascendían á mas de seiscientos mil francos. Batilde al ver esto no pudo menos de exhalar un suspiro doloroso, en tanto que su madre se ocupaba en buscar alguna cosa que le recordase á su hermano querido, cuya memoria le sería siempre grata. Descubrió por fin, entre las cartas geográficas y los planos levantados en las islas desiertas que habia recorrido el capitán, una donación hecha por él de todos sus bienes á la viuda del coronel de Saluze; pero todos estos bienes consistían en el tesoro que se sumergió en el mar, y aquel testamento no era sino un nuevo motivo de pesar para la legataria. Llenó de ósculos y lágrimas la firma del escrito, al cual se hallaban unidos los certificados auténticos que acreditaban los muchos servicios del capitán, y los descubrimientos importantes que habia hecho. Esto era lo que contenía la maleta que el fiel y valiente piloto suponía tan preciosa, y que por lo mismo se habia encargado de entregarla en persona á la hermana de su amigo. Muy en breve despachó Madama de Saluze á la criada, y volvió á su empleo de cocinera. Batilde, cuyas altas pretensiones se habian desvanecido, se entregó mas que nunca á sus trabajos literarios, que se imaginaba eran bastantes para recobrar las comodidades que habia perdido. Se puso á componer una novela moral en cuatro tomos, cuyo asunto era una señorita que luchando contra la adversidad hallaba en sus talentos un recurso honrado: trabajaba sin descanso, imaginándose que así que acabase esta obra todos los libreros de París querían comprarla, y que un premio proporcionado á mérito que en sí tenía, sufragaría á sus necesidades por un año entero; ¡tan fácilmente se engaña el amor propio! pero acabada la novela no encontró quien la tomase. Scott y Augusto Lafontaine con su prodigiosa fecundidad contribuyeron al poco aprecio de nuestros novelistas mas célebres. Batilde, á pesar de todos sus esfuerzos y de la alta idea que se habia formado de su novela, en la cual se habia retratado á sí misma con entusiasmo, se vió precisada á repartir la utilidad con un librero de viejo, que tardó tanto tiempo en resarcirse de los gastos de la edicion, que nada tocó á la autora de la obra. Madama de Saluze, que tenia tanta sensatez como inagotable ternura, procuraba continuamente disuadir á su hija de sus gustos literarios, que al mismo tiempo que deterioraban su salud con las vijilias y el mucho trabajo, no podían jamas producirle las comodidades que apetecía con ansia. Una de sus parientas, reducida como ella por la desgracia á un estado de miseria, habia puesto una tienda de comercio, que no solamente le proporcionaba las comodidades de la vida, sino que tambien la ponía en estado de ahorrar alguna cosa para su vejez. «Esta parienta es viuda y sin hijos, decía Madama de Saluze, nos tuvo siempre mucho afecto; vamos, hija mia, á ponerla el asociarnos á su comercio; tú la sucederás bien pronto, y no te verás reducida á pasar las noches trabajando, ni tendrás que abatirte á solicitar la voluntad de un librero, que se figura que te honra mucho despojándote del fruto de tus vijilias. Estas proposiciones, dictadas por la prudencia y la razon, no hicieron ninguna mella en Batilde, porque estaba acostumbrada á escuchar sus caprichos y hacer su gusto: repugnaba á su vanidad el ir á ponerse en un mostrador, medir tres cuartos de cinta, y vender una madejita de hilo, ó medio ciento de alfileres. En vano Madama de Saluze la hacia presente que el comercio es un gran río que se alimenta con los arroyos mas pequeños; y que si no deshonorra el vender un fardo de seda, tampoco deshonorra vender una madeja de hilo. La jóven presuntuosa no llegó á hacer caso alguno de las prudentes razones de su madre, y se puso á componer otra obra sobre le educacion de las jóvenes. Pero esta materia estaba tan trillada, exijia por otra parte un estudio tan profundo de las costumbres del día, y especialmente un conocimiento tan grande del corazón humano, que el nuevo tratado de la señorita de Saluze tuvo la misma suerte que su novela.

(Continuará.)

LA HADA AZUL.

(Traducción del francés.)

Un día descendió la hada Azul sobre la tierra, con la cortés intencion de distribuir á todas sus hijas, residentes en todos los países, los tesoros de gracias que llevaba consigo.

Su enano Amaranto sonó un cuerno, é inmediatamente se presentó una jóven de cada nacion, al pié del trono de la hada Azul. Todas ellas, como es fácil de comprender, formaron una multitud considerable.

La buena hada dijo á todas sus amigas: «Deseo que ninguna de vosotras se queje del don que yo la haga. No está en mi poder conceder á todas una misma cosa porque tal uniformidad, ¿no quitaría á mis dones mucho de su mérito?»

Como el tiempo es precioso para las hadas, hablan muy poco. La hada Azul limitó su discurso á estas palabras, y comenzó la distribucion de los presentes. Nadie pareció disgustarse.

Dió á la jóven que representaba á ambas Castillas, unos cabellos tan negros y tan largos, que pudo con ellos hacerse una mantilla.

Dió á la italiana ojos tan vivos como una erupcion del Vesubio en medio de la noche.

A la turca, una robustez redonda como la luna y dulce como la pluma del cisne.

A la inglesa, una aurora boreal, para teñirse los labios, las espaldas y las mejillas.

A la alemana, unos dientes como los suyos, y lo que vale mas, un corazón sensible y profundamente dispuesto á amar.

A la rusa, la distincion de una reina.

Después, pasando á los pormenores, puso la alegría en los labios de una napolitana; la vivacidad en la cabeza de una irlandesa; el buen sentido en el corazón de una flamenca, y cuando ya no tenía que dar, se levantó para emprender su vuelo.

—¿Y yo? dijo la parisiense reteniéndola por la orla de su túnica azul.

—¿Os he olvidado?

—¡Enteramente olvidado, señora!

—Estábais muy cerca de mí, y no os habia visto. Qué puedo hacer ahora? El saco de los dones se halla vacío.

La hada reflexionó un momento, y después, llamando á las encantadoras favorecidas, les dijo:

«Sois buenas, puesto que sois bellas. Os toca reparar un grave error que he cometido; en mi distribución he olvidado á vuestra hermana de París. Os suplico, pues, que cada una de vosotras, separe una parte del don que le ha tocado, y lo entregue á nuestra parisiense. Con ello perdereis poco y reparareis mucho.»

¿Cómo resistir la súplica de una hada, sobre todo de la hada Azul?

Con la gracia que tienen las gentes felices, se aproximaron las damas una por una á la parisiense, dejándole una, unos pocos de sus negros cabellos; la otra, un poco de su rosado tinte; otra algunos rayos de su alegría; la otra, lo que pudo de su sensibilidad. Así fué como la parisiense, al principio pobre y oscura, se encontró en un instante por esta particion, mas rica y mejor dotada que ninguna de sus compañeras.

La hada Azul, se elevó á los cielos sonriendo.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XVII

En esto, se oye un ruido, como de algo que corre entre la yerba. ¿Qué será? Fernando manda hacer alto á su prima y al Sancho, y avanza con el garrote enarbolado..... ¡Virgen de la Soledad! ¡un cocodrilo! ¡Afortunadamente todavía está mamando, como quien dice. Pero aquel animal es tan feroz, aun en su tierna infancia, que levanta la cabeza y hace hincapié para echarse sobre Fernando; la valerosa Ele-

na no se atreve á respirar siquiera; el Sancho es el único que ha sabido conservar toda su sangre fria, ¡quién lo creyera! Pero á la sola vista del garrote, la horrible alimaña huye, y el rey de la creacion (Fernando) queda vencedor.—No faltan envidiosos que aseguran, que el tal cocodrilo era una lagartija comun y corriente.



XVIII

Alcanzada tan espléndida victoria, Fernando y Elena pueden ya continuar su interesante viaje. Fernando, que aun no habia bebido, echa un trago; pero es el caso que tenia mucha sed (cosa muy frecuente en los héroes de la antigüedad), y cuando le

pasó á Elena el frasco, resultó que casi lo habia vaciado. Despues de maduras reflexiones, la mayoría de los circunstantes decide que hay que ponerse á media racion.

[Continuará.]

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO IV.

Del aseo en nuestra habitacion.

X

No mantengamos ni un instante en nuestro aposento ningun objeto que pueda producir un olor desagradable. Por el contrario, procuremos conservar siempre en él alguna cosa que lisonjée el olfato, con tal que sus exhalaciones no sean nocivas á la salud, y que la pongamos fuera para dormir. El calzado inútil, los vestidos destinados ya á ser lavados, las aguas que han servido á nuestro aseo, etc., descomponen la atmósfera y producen olores ingratos, que tan mal se avienen con la decencia y el decoro como con las reglas higiénicas.

XI

Los vestidos de nuestra cama deben estar siempre aseados. Nuestras circunstancias particulares nos indicarán siempre los períodos ordinarios en que debamos mudarlos; pero jamas aguardemos á hacerlo obligados por su estado de suciedad.

XII

La cocina es una pieza en que luce muy especialmente el buen órden y la educacion de una familia. Por lo mismo que en ella se ejecutan tantas operaciones que pueden fácilmente y á cada paso relajar el aseo, es mas importante la supervijilancia que

exije de las personas que dirijen la casa. Inconcebible es cómo el lugar destinado á preparar las viandas, se descuide á veces hasta el punto de que su aspecto produzca las mas fuertes sensaciones de asco.

XIII

Tampoco están esceptuados el corral y la caballeriza del órden y el aseo. Cuando estos lugares están llenos de basura y otras inmundicias, y sus paredes manchadas y deterioradas, difícil es que en el resto de la casa se encuentren observadas las reglas aquí establecidas.

XIV

Una familia delicada y culta no permite que la parte exterior de su casa se encuentre nunca desaseada. Como la calle puede perder instantáneamente su limpieza, por el tránsito de las bestias y por otras muchas causas que es escusado enumerar, se hace indispensable que cada cual examine con frecuencia el frente de su habitacion, á fin de hacerlo asear cada vez que sea necesario.

XV

La cria de animales que no nos traen una utilidad reconocida, á mas de ser generalmente un signo de la frivolidad de nuestro carácter, es un germen de desaseo, al cual tenemos que oponer un constante cuidado, que bien pudiéramos aplicar á objetos mas importantes y mas dignos de ocupar la atencion y el tiempo de la gente civilizada.

XVI

Nada es por otra parte mas incivil que el tener espuesta á una visita á ser invadida por las caricias

y retozos y aun por la cólera de un animal, y á que haya de salir de nuestra casa con sus vestidos sucios, rotos ó ajados, y acaso con una mordedura ú otro accidente de este género que quebrante su salud. Cuando la necesidad nos obligue á conservar un animal, mantengámosle en lugar apartado, fuera de la vista de las personas que nos visitan.

XVII

La puntual observancia de estas reglas, nos libertará asimismo de incurrir en la falta, altamente inexcusable, de devolver asquerosa y deteriorada la casa que se nos ha confiado, como lo hacen las personas mal educadas, y que tienen la desgracia de ignorar todo lo que deben á la decencia y á su propio decoro.

XVIII

Si hemos vivido como personas finas y delicadas, los que entren á habitar la casa que desocupamos, no necesitarán de asearla; y si hubieren de repararla, no será por cierto á consecuencia de daños que nosotros hayamos causado.

LOS CASCABELES DE ORO.

(FABULA.)

Blanca, rubia, lindísima, salada,
Risueña, bien hablada,
Y en mil habilidades eminente
Para su corta edad, tal era Rosa;
Mas ¡ay! enteramente
Sus raras prendas olvidar hacia
Una falta notable que tenia.
Rosita, la discreta, la donosa,
Dió en la maña fatal de ser curiosa,
En acechar pasaba todo el dia:
Todito, mal ó bien, lo averiguaba,
Y en seguida á vecinos y lejanos
Todo con adiciones lo contaba:
Curiosidad y chisme son hermanos:
Y si alguno lo duda, jente sería,
Le enseñará, tratando la materia
Con grande copia de razones altas,
Que rarísima vez existe sola
Una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
De muchos y doctísimos varones,
Son como en el reptil cabeza y cola.
Son dos partes de un cuerpo, dos acciones
Unidas con recíproco ejercicio:
Dos formas de pecar que tiene un vicio.
Basta de digresion, que va larguita,
Sigamos con la historia de Rosita.—
Era bien infeliz: á cada paso
Llenaban á su madre las orejas
De avisos y de quejas
Diferentes personas
Dignas de hacer de su dictámen caso;
Y Rosa castigada,
Sin tregua ni descanso padecia
Dolorosos ayunos y encerronas,
Y siempre se veia
De toda suerte de placer privada
Raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su mamá, se dijo:
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya mas de penitencia.—
Tomó la dilijencia,
Y marchóse á vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
Vino allí de la Corte
El médico ordinario de la casa.
Encerróse con él Doña Tomasa,
Y atando por dentro el picaporte,
Por no tener la cerradura llave,
Finjieron ventilar negocio grave.
Rosita, con aquellos aparatos,
Ya se supone que se puso alerta:
Quitóse los zapatos
Y alzados los talones,
Pasito á paso fué como un pilluelo,
Y atisbó por debajo de la puerta.

Echada la curiosa por el suelo,
Besando los ladrillos,
Oyó decir á su mamá: Razones,
Indulgencia, rigor, todo se aplica;
Pero nada me vale por la chica,
Hay otros defectillos
Que se pueden sufrir, pero este, creo
Que si no es el mas feo,
Es el que escita mas la antipatía:
Nadie quiere vivir con un espía.
Vamos, señora, vamos
(Contestaba el doctor), compadezcamos
A tales infelices,
Pues nace el ser curioso
De un órgano facial defectuoso.
—¡Calle! ¿Qué órgano es ese?—Las narices.
Persona con nariz de poco peso
Tiene que ser curioso con exceso.
La curacion del mal está en la mano.
Es un sujeto de nariz liviano?
Bueno: inmediatamente
Se le hace un añadido suficiente
De cualquiera metal, y agur, amigo:
En ménos que lo digo,
La persona mas terca, la mas zafia,
Se olvida de espionaje y chismografía.
—Está seguro usted?—Y tan seguro
Que mas no puede ser: la señorita
Corre por mi cuenta. Pobrecita!
Usted la castigaba; yo la curo.....
Y sacará una moda muy bonita,
Que á costa de un pequeño sacrificio
Les hará mucho bien á varias gentes.
—Y cuál es esa moda, Don Patricio?
—La de llevar en la nariz pendientes.
Voy á Madrid, me labraré un platero
Dos arillitos de oro con esmero,
Y haré que les agregue por colgantes
Un par de cascabeles elegantes,
Cuidando que les ponga la bolita
Del peso que la niña necesita.
Romper en la nariz los agujeros
Es obra de poquísimos instantes:
Durante los primeros
Duele, pero poquito, casi nada.
Es mortificacion por conveniencia;
Y Rosa, como niña bien criada,
Recibirá la aguja con paciencia.
En estando aviada
Con sus bonitos cascabeles de oro,
Le juro á usted por Avicena el moro
Que no ha de haber por la muchacha riña.
—Corriente: cascabeles á la niña.—
Rosita sin estruendo,
Pero con miedo atroz, se fué corriendo.
—Es verdad (esclamó), verdad y mucha,
Que siempre oye su daño quien escucha.
Vaya que los doctores son crueles!
¡A mí querer abrirme
A hierro la nariz! Yo cascabeles!
Las pinchaduras dolerán de firme;
Y luego, para alivio de trabajos,
¿Qué papel haré yo con dos colgajos
Que nadie gastará? ¿Quién se acomoda
Con tan estraña, tan horrible moda?
Qué moda? Si eso iguala
A un letrado que diga: *Yo soy mala.*
Y si voy á Madrid..... Virgen del Cármen!
Conmoverá la poblacion entera
El alboroto que armen
Los cascabeles de Rosita Vera.
Por no estrenar el afrentoso dije,
Pesado á la nariz, molesto al labio,
Me corrijo.—En efecto se corrije,
Y tan completamente,
Que al regresar el naricista sábio.
Trayendo el salutífero presente,
Le dijo la mamá, de gozo llena:
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita, no sé cómo,
Era de pluma, y se volvió de plomo.
Ya no atisba jamas ni picotea,
Y está, gracias á Dios, desconocida.
Por eso con vendrá que suspendamos

La operacion aquella consabida;
Pero si hay recaída,
Y otra vez repitiere sus deslices,
Entónces le plantamos
Cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles, cencerros, esquilones
De buque bien capaz y brocal ancho,
Llevar á la garganta deberia
La turba de curiosos embrollones,
Traperos de perdidas espresiones,
Que lo revuelven todo con su gancho.
Con el ruido el soplon se anunciaria;
Y al llegar á un corrillo, álguien diria:
Quédese aquí la plática pendiente,
Porque el buen perillan que nos acecha,
Lo parla todo, y al contarlo, miente.
Oye lo que le llega buenamente,
Y añade lo demas de su cosecha.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Aquel, delante de cuya vista brilla en paz la suave belleza de la virtud, que lejos del orgullo y el propio contentamiento, agrada su bondad interior, que practica el bien sin otra mira, ese, dice Jesus, verá al Señor.

Ese aspira al mas alto bien; á la rectitud y á la sabiduría. Porque, dice Jesus, si poseeis esto, todo lo demas será vuestro: poseeis la paz, la quietud del alma; todas las cosas os serán dadas.

Sin embargo, no esperéis ¡oh cristianos! que la virtud ha de aseguraros la felicidad sobre la tierra. Muchos ha habido que desde la juventud supieron concienzudamente que la luz y la fuerza estaban con ellos; brillaron puros como los ángeles, con interior belleza, y vivieron sin embargo entre dolores terrenales.

Solo la virtud, la bondad del alma, la perfeccion interior, es lo que se halla enteramente á nuestro alcance. No es el acaso, la buena fortuna, la oportunidad ni el tiempo, sino la sabiduría de Dios, lo que nos ha ordenado así y lo que nos ha puesto en dominio de todo.

Por tanto, no os propongais por el mas alto objeto, alguna preferencia que la virtud asegure. No. Obrad rectamente y haced el bien, aunque vuestros buenos designios se desvanezcan. Y si os preguntais: ¿que provecho me trae esto?—Hacerlo, esa es vuestra recompensa.

Porque sabed que lo que Dios manda, la razon lo requiere. Vuestro fin mas escelso es el ennoblecimiento. Para esto solamente vivís aquí. Mirad nada mas eso, y desechad todos los fines bajos.

Y si seguís con fé la voz de vuestra conciencia, esperad una digna recompensa. Dios, testigo y juez de vuestra vida, es tambien el futuro remunerador de ella. La vida eterna y la felicidad son sus recompensas seguras.

El cielo no es solo la santidad; es tambien la beatitud y el placer. Aquí no siempre se hallan unidos. Las almas nobles que hacen el bien aquí, allá son elevadas á la mas pura felicidad.

Pero no caigais en el error de mirar el cielo como vuestra salvacion. Que vuestros móviles sean: la perfeccion, la preferencia por lo mejor; porque es vuestro deber ser buenos y nobles. ¿Qué somos? Nada mas que siervos pecadores. Porque, ¿quién es justo delante del Señor?

Lo que Dios ha prometido por boca de Jesus, la razon tambien nos dice que debemos esperar; nosotros, pues, debemos seguir con alegría nuestro camino. Un corazon libre de vicios y pecados, no puede ser perpetuamente miserable.

A menudo necesito, porque Dios y el deber lo requieren así, ofrecer mi vida á lo alto. Y si acá no hay recompensa para esto, entónces, alma mía, contradícete á tí misma dentro de mí; entónces la razon, á impulsos de la virtud, venga á ser tu propia destruccion.

Si has concluido de combatir aquí, tu recompensa estará en la vida futura. Si mueres en la causa de

la virtud, ganas, aunque pierdas al parecer. Así murió Jesus, el modelo de todas las virtudes.—*Maria Luisa Guillelmina, princesa de Neuwied.* (POEMA.)

EL GOLPE EN LA CABEZA.

La última vez que ví al padre de vd. fué en Boston, al principio de 1724; despues en mi primer viaje á Pensilvania. Recibiómelo en su Biblioteca, y cuando me despedí de él me enseñó un camino mas corto para salir de la casa, por un pasadizo estrecho en el cual habia atravesada una viga á la altura de la cabeza. Cuando me retiraba continuábamos hablando, él me seguia y yo iba medio vuelto para escucharle, cuando de repente me gritó: ¡bájese vd! ¡bájese vd! No comprendí lo que queria decirme hasta que me dí un fuerte golpe en la cabeza contra la viga. Como el padre de vd. era un hombre que no dejaba pasar ninguna ocasion sin dar lecciones útiles, me dijo en la presente: «Vd. es jóven y va á entrar en el mundo, *bájese vd.* para atravesarle y se evitará mas de un fuerte golpe.» Este consejo, impreso de aquella manera en mi cabeza, me ha sido muchas veces útil, y me acuerdo de él frecuentemente cuando veo el orgullo humillado, y las desgracias á que están espuestos continuamente los que llevan la cabeza erguida.

EL MOSQUITO.

(FABULA.)

Un mosquito petulante,
Dió en perseguir á María
Que lo espantaba, y volvia
En su pesadez constante.

Ella se llega á enfadar,
Y cuantas veces se para,
Se pega un golpe en la cara;
Mas no lo puede atrapar.

En su intencion se sostiene
De cojerlo en el garlito:
Deja parar al mosquito
Y que de sangre se llene.

Dice entónces:—«Te has hartado,
Pero no te escaparás.»
Estiende la mano y ¡zás!
Queda en la frente aplastado.

*Mas de uno con imprudencia
Roba tranquilo lo ajeno,
Y muere cuando está lleno
Al peso de su conciencia.*

LA CARGA AJENA.

[Imitacion del francés.]

Dice un autor, que la nariz cansada
De tener que cargar con los anteojos,
Con la voz destemplada
Así dijo á los ojos:
«Pues los cristales son para tu uso,
Carga con ellos tú; ¡no mas abuso!»
Y al suelo los arroja en el instante;
Quedan ciegos los ojos infelices,
Y al caminar el cuerpo, vacilante,
No viendo lo que encuentra por delante,
Contra un muro se aplastan las narices.

*Esta leccion es buena,
Y conviene la tenga muy presente
El que quiere vivir independiente
Para no soportar la carga ajena.*

EL RATON, EL NIÑO Y EL GATO.

(FABULA.)

Un trocito de queso
Manducábase un niño.... ¡ay Dios, qué gozo!
Cuando un raton travieso
Que vió su corta edad y poco seso,
Saltó sobre él, y arrebatóle el trozo.

De miedo turulado,
Echa el niño á correr, y llama al gato
Para que le defienda
Del que así le arrebató su merienda.
El gato, al oír eso
Bufa, corre, dá un salto,
Pilla al bribon cayendo de lo alto,
Y se engulle el raton..... y luego, el queso.

*Eso á las veces en leccion se mama
El débil que en su ayuda al fuerte llama.*